

**Este no es un libro autobiográfico**, si lo fuera deberían aparecer en él personas y momentos de mi vida que considero fueron o son muy importantes. Es un libro de recuerdos en un cierto orden cronológico sobre lo que me parece han sido –y están siendo– mi vida como artista y mi formación española; es un libro de apuntes e indagaciones de “en dónde, cómo y por qué” aparecieron quienes me influyeron y lo que creo me influyó definitivamente. Y la mayor parte de esos recuerdos están rescatados de notas seleccionadas en los cuadernos de trabajo que he ido guardando desde finales de la década de los 60. Por esto es también un libro generacional, y en ese sentido seguramente habrá personas de mi edad y parecida circunstancia que se sientan identificadas con lo que cuento.

Empecé a escribirlo en mayo de este año de 2021, y es muy probable que si lo hubiera comenzado cinco años antes, o el año que viene, el libro cambiaría la substancia del relato general, porque todo lo que he escrito ha dependido fundamentalmente de mi relativo de lugar (en todos los sentidos), tiempo y estado emocional cuando me puse a ello. Y aunque sé perfectamente que recordar es inventar, he tratado de po-

nerme siempre en el lugar en el que creía recordar estaba yo en cada momento, porque en mi resolución de escribirlo está también la de informarme a mí mismo de cómo fue y, en cierto modo, de cómo soy. Así que podría decirse que este libro es también un informe subjetivo de mis actividades artísticas y de las fuentes en las que bebí, y los caminos por los que transité hasta llegar aquí, en donde me encuentro ahora.

Cuando estos días pasados lo estaba relejendo, me parecía que es también como un álbum de fotografías con notas a pie de cada imagen, pero sin fotografías. Mientras lo escribía, en mi cabeza había solo imágenes y cada imagen me sugería mil palabras, y cada palabra se refería a mil imágenes, o a muchas más. Mi trabajo como escritor en este caso ha sido el de amanuense tratando de ser fiel a lo que contara el artista visual, transformándolo en palabras, intentando colocarme siempre en la visión relativa al momento de cada imagen.

También es un libro de lugares, de Madrid fundamentalmente, pero también de Logroño y París; del Reino Unido y de las islas Canarias; de Palestina, sobre todo de la parte árabe de Jerusalén, Al Quds, y de Gaza; de Buenos Aires, Turín, Laredo, y de otros sitios que si los recuerdo en este libro es principalmente por la gente con la que me relacioné en cada uno de ellos, real o imaginariamente, porque soy más de las personas que de los lugares. Es la amistad y el cariño o amor por personas concretas lo que me une realmente a todo lo demás, pero no porque haya en mí voluntad de que así sea, sino porque no sé evitarlo, ni lo pretendo, es así, simplemente. El desprecio y el miedo, que también los he sentido mientras escribía este libro, son muy fríos, y el amor y el cariño dan calor, por eso he tratado de arrimarme más a la parte templada de mi memoria, huyendo siempre que llegaba a las esquinas gélidas, sabiendo en ocasiones por qué, cómo y para qué me encontraba en esa parte oscura y fría del recuerdo.

Me parece que lo más profundo que alcanzamos a ver realmente en las personas es su piel, la que no tapa la ropa,

y vemos solo en ellas el ancho y alto de su estructura visible, porque la tercera dimensión, la profundidad, la suponemos a través de esa especie de perspectiva caballera que es el pensamiento propio, lleno de precondiciones y prejuicios que, en el mejor de los casos, esperamos que la cuarta dimensión, el tiempo, ajuste y precise. Y he comprobado que sí, que algunas veces el tiempo cumple con esa última función.

De nuestro interior sale la voz, y lo que decimos (o escribimos) está a medio camino entre la profundidad de lo que pensamos y lo creemos. Aunque gracias al tiempo he ido descubriendo que la gente más profunda que creo haber conocido ha sido para mí la menos complicada de entender, y las personas más superficiales las que me han planteado más complejidades y dificultades de entendimiento. Oír a un idiota enerva, escuchar a una persona cabal, sosiega. Pero, cada cual rinde admiración a sus *homenots* (en el sentido de “grandes tipos”, que decía Josep Pla) desde su relativo perceptivo. Sin embargo, hay características de las cosas que percibimos, o que percibíamos a través de los sentidos, que no están ya en nosotros, y hay muchas en este libro, cosas que digo, que ahora creo que no me representan. Algunas me parece que son simplemente tonterías. Hubo palabras que un día se pusieron para mí de pronto de pie, se irguieron y lo ocuparon todo, pero con el tiempo las olvidé u olvidé su significado, ahora viven aburradas en el trastero del pensamiento, inservibles. En un tiempo fueron palabras brillantes y redondas, o misteriosas y elegantes, hoy son oscuras, sombras imprecisas que no me sirven para decir nada. Algunas de ellas se han quedado en los cuadernos, porque no he sido capaz de rescatarlas, ni siquiera las he entendido.

Y relejendo lo escrito me he dado cuenta de que soy una persona mayor que escribe, porque ahora busco la sencilla soledad de las palabras juntas, y es difícil encontrarlas, pero están ahí, aunque quizá todavía no estén aquí. Porque siempre me quedará por escribir aquello que no escribiré nun-

ca. Al releerlo para dárselo al editor, me parece que también hubiera escrito sobre brotes, hojas, flores y frutos, como una sencilla metáfora de los cuatro estados de la vida, de la mía. Primero, brotes de curiosidad que buscan el porqué de las cosas mientras crecen; luego, muchas hojas barrocas tratando de explicarlo todo; más tarde surgen las flores de la belleza cambiante del pensamiento y, finalmente, los frutos. Pero sé que a veces por bello que sea, el fruto se pudre en el árbol, o cae y muere sin sentido ni aprovechamiento de nadie. También creo que, en el arte, como en la vida, la belleza como categoría principal es solo una propuesta temerosa de reducción de la percepción, porque aparte de la belleza de las formas, que es ideal, está la vida, que es material.

Aprendí hace tiempo a utilizar el pensamiento para colmar el deseo, incluso el inalcanzable, de manera que he podido matar y amar sin el propósito de hacerlo realmente, y eso me ha dejado satisfecho, sin sentimiento de culpa ni necesidad de rectificación, o de acción real, aunque en todos esos momentos he sabido que me encontraba sólo (y solo) en mi cabeza. Por eso no he tenido inconveniente en patear, pensando que lo hacía, a quien me agarraba el brazo constantemente mientras caminábamos juntos. En mi pensamiento le tomaba por las solapas, tiraba del bulto con fuerza, le daba la vuelta sobre mi cabeza y hacía que se estrellara en el suelo, aparatosamente. Y así, y de formas parecidas, he podido soportar la pesadez e incomodidad insuperable que me producían ese tipo de personas, de esas que te detienen de golpe sujetándote el brazo con una mano cuando caminas a su lado, ejemplo este que me parece bueno para lo que pretendo decir. Porque de la misma manera que se ama en secreto, también se puede matar sin que ni siquiera el muerto se entere de que lo has matado.

El arte es para mí un lenguaje, y aunque sé que no todo el mundo lo conoce, con él he tratado siempre de expresarme y de entenderlo todo, y aunque al principio solo era capaz

de percibir la estética del lenguaje artístico, enseguida fui feliz al encontrar su ética, porque en ella podía reunir a mis dos yoes, al curioso que indaga constantemente y al artista que hace cosas que nadie le ha pedido que haga. Y ahí he confluído en mi yo estable, en mi ser político, en el que ha de relacionarse y ser relacionado con las demás personas en el común y en la defensa de lo inapropiable. Y ahora sé que, además, he de seguir aprendiendo a cooperar, a ser y estar con la gente que no conozco ni conoceré nunca.

Al finalizar la lectura del primer borrador, me di cuenta de que debía llevar a un capítulo de notas muchas referencias que surgían o encontraba en los cuadernos de trabajo, al pensar en los momentos y circunstancias en las que me hallaba, dejándolas apartadas al final, porque me ha parecido podrían ayudar a quienes lo leyeran a entender mejor el libro, como me ha sucedido a mí mismo cuando indagaba, y aliviar así el texto principal de tanto dato.

También he percibido al hacer la lectura de este borrador lo corta que es esta larguísima vida para lograr llegar a progresar en algún sentido. Pero a mí, el progreso me dice poco, prefiero el regreso, este libro es un regreso, aunque quizá a donde nunca estuve.

Madrid, diciembre de 2021

## 1. Por Franco, por el Duce, por el Führer y por el emperador del Japón

**No recuerdo la felicidad ni la infelicidad** de mi primera infancia, recuerdo lo que recuerdo de ella como normalidad plana, sin distorsiones mayores, vagamente; hasta que entré en el colegio todo creía que era como lo percibía desde mi relativo circunstancial, ordenado, fluido, lógico y tranquilo, me parece ahora que me parecía entonces. Sin traumas ni recuerdos zozobranes. Y tengo algunas borrosas imágenes sin palabras que aparecen cuando las evoco, o cuando llegan inesperadamente, como fotografías movidas. Supongo que entre mis recuerdos más recónditos están apañados algunos, guardados tal y como me describieron otras personas que los viví –según ellas– o como oí lo describían, y de la manera y con las mismas palabras con que lo hacían. Porque así como los sentidos de la vista, el gusto, el olfato y el tacto parece que estuvieran directamente relacionados con la percepción autógena directa, aunque no es exactamente así, el oído no guarda memoria del sonido de la propia voz, ni de lo que dijimos, sino el de otras voces y otros estímulos sonoros que no son nuestros. Por eso cuando nos oímos por primera vez grabados en magnetofón nos sorprende nuestra voz, porque no

la tenemos guardada como percepción directa o simple, y no suele gustarnos, incluso puede desagradarnos mucho. El oído no guarda en la memoria lo que sale con la propia voz (pero sí de lo dicho o lo que se ha querido decir, que no siempre es lo mismo), sino lo que entra de otras voces hasta el cerebro. En realidad, el sentido del oído condiciona la percepción directa de los otros sentidos, no percibimos solo lo que cada uno de ellos trae al cerebro, sino que lo entendemos o sentimos como una mezcla de la propia percepción directa y de lo que hemos oído que dijeron haber percibido otras personas sobre el mismo hecho, o parecido. Así, mi relativo y mis sentidos infantiles estuvieron completamente vinculados a la lengua española, a mi familia y a su situación de clase, a sus filias y fobias, a la ciudad de Logroño, a su luz, climatología y costumbres, y a mis capacidades cognitivas y deductivas.

Había entonces dos estímulos olfativos en la ciudad que percibía yo cotidianamente, pero que no reconocí claramente hasta que empecé a ir y venir de Logroño a otros lugares que olían diferente. Uno de aquellos estímulos olfativos venía del río Ebro, probablemente del fondo del lecho situado frente al Matadero Municipal, que desde que empezó a funcionar en 1911 arrojaba por las trampillas que daban al río los restos de las reses sacrificadas por los matarifes para el abasto público, girones sanguinolentos que devoraban los barbos; y el otro lo producía una fábrica que tostaba café. Todas las ciudades, y también las personas, huelen de diferente manera, y muchos de esos recuerdos olfativos aparecen en mi memoria cuando pienso en ellas, porque como sucede con la propia voz, tampoco reconocemos el olor nuestro, y nuestro mal olor no nos repugna, lo que huele mal siempre creemos viene de otra parte. También recuerdo que el olor de la leche no me gustaba, ni la leche tampoco, y resultó que tenía una cierta intolerancia a la lactosa.

Me contaban que de muy niño me gustaba mucho bajar a la calle en brazos de Basi cuando llegaba Félix, el lechero,

que venía en un carro tirado por un caballo muy grande y que Félix me montaba en él. Y porque parece ser que hablé inteligiblemente muy tarde, y me había hecho con un lenguaje personal con el que nombraba las cosas y me comunicaba, a aquel caballo lo llamaba yo “bilón”. Félix me deletreaba “caba-llo”, y yo decía: bilón, y señalaba al caballo. Aquel bilón era el único caballo para mí, como solo había una Basi y un Félix, solo había un caballo. Un día dije: “cacallo”, parece ser que, por la insistencia de Félix, y Basi y el lechero lo celebraron mucho, pero en ese momento apareció mi padre y me volví a Félix y dije: *bilón, bilón*, esto me lo han contado muchas veces y tengo una imagen muy vaga de aquel caballo y ni siquiera sé si era yegua.

A mi padre lo veía poco, siempre estaba en la clínica, trabajando. Pero los domingos me llevaba en bicicleta a un paraje precioso en la confluencia del Ebro con el Iregua, y allí pescábamos cangrejos. Yo era tan pequeño que cabía en un cestillo que había instalado frente al manillar de la bicicleta, ahí viajaba acurrucado, y aún quedaba espacio para una bolsa con cangrejos cuando volvíamos a casa. Para pescarlos había simplemente que meter la mano bajo las piedras de la orilla y esperar, enseguida se te enganchaban en los dedos con sus pinzas. Recuerdo esa emoción, mezcla de miedo y alegría, y el primer desarrollo y asimilación de los conceptos valiente y cobarde. *Este niño es muy valiente*, le decía mi padre a mi madre, y lo decía para que lo escuchara yo, para que me sintiera valiente, ser valiente estaba bien. Pero yo seguía sin hablar inteligiblemente, y a esa bicicleta me contaron que la llamaba *pucunca*. Hace no muchos años volví a ver ese viejo cacharro en el trastero de la casa en la que nací, y no me recordó nada a aquella *pucunca* que fue. Sin embargo, en el cestillo había varias pinzas de metal con las que mi padre se ajustaba los bajos de los pantalones para que no se enredaran con la cadena mientras pedaleaba, y sí recordaba esas pinzas y el gesto de mi padre al prendérselas, en realidad el

recuerdo de los domingos en el Iregua viene tras la visión de esas pinzas.

Sí que recuerdo también al hombre que traía el hielo a casa, llevaba guantes de cuero y subía por la escalera con una barra grande, apoyada en el hombro sobre una arpillerita que también le servía de capucha que le tapaba la cara por ese lado; era un hombre oscuro que entraba muy deprisa por el pasillo e iba hasta la cocina, y allí dejaba la barra, en la gran pila de fregar, y haciendo mucho ruido la picaba en trozos más pequeños, cuatro o cinco, que iba encajando en la parte de arriba de la heladera. Creo que esto lo recordé cuando muchos años después leí cómo, un poco antes de que lo fusilaran, pensaba Aureliano Buendía había conocido el hielo.

Había una palabra –que me dijeron yo decía– que nunca nadie supo qué quería decir, mi madre me contaba que en ocasiones me echaba las manos a la cabeza y exclamaba: ¡anacoa! Aunque no siempre parecía la dijera en el mismo contexto. A veces la pronunciaba apretando los labios y los puños, otras abría mucho la boca o alzaba los brazos. Pero no tengo imágenes de mí mismo diciendo anacoa. Sigue siendo un arcano indescifrable, estancado, y cada día más recóndito.

**En una de esas imágenes estancadas** en la memoria me veo asomando la cabeza a la galería por la puerta del cuarto de estar, como vigilando, y a la izquierda, en un rincón al fondo veo a mi madre dándole de mamar a mi hermana Isabel, que había nacido el 6 de abril, por lo que yo no había cumplido aún los tres años o acababa de cumplirlos. En esa imagen la luz del sol les daba a las dos en un costado. Creo es una representación de los celos, supongo que entonces serían inexplicables porque nadie había hablado de ellos cerca de mí, pero era una sensación muy desconcertante, hacía que me sintiera mal, la envidia y los celos producen un resque-  
mor parecido, creo ahora.

Y corresponde a esa época, cuando mi madre daba de mamar a Isabel, que yo me negara a comer. Por lo que me contaron podía pasarme todo el día solo con una galleta. Mi madre no sabía qué hacer. Basí preparaba en la cocina diferentes platos por ver si daba con lo que yo quería, pero no había forma, yo probaba todo y decía que estaba malo. Especialmente la leche. Mi tío Raimundo, que era pediatra, me revisó de arriba abajo, y yo parecía estar sano, quizá tuviera alguna intolerancia a la lactosa (que he arrastrado hasta hoy mismo y que yo creo que en mi caso tiene un origen psicológico). Dejaron de darme leche en el desayuno. También me llevaron a que me vieran otros tres médicos amigos de mi padre, Fernando Ramos, que era vecino de calle, vivía en el número 26, y otros dos que eran de su cuadrilla y tertulia de médicos, Aniceto Martínez Miranda, y Martínez Herrera, al que llamaban “El gordito”.

Pero mi padre dijo que cuando un niño no quiere comer no hay que obligarle a hacerlo. Otro amigo suyo le había hablado de las enseñanzas del pediatra norteamericano Benjamin Spuck<sup>(1)</sup> que revolucionaban la puericultura porque daba mucha importancia al criterio de la madre y del padre sobre sus hijos pequeños. Un día, la vecina de planta que vivía en el 2º derecha, doña Regina, una mujer mayor (que a mí debía parecerme muy mayor, pero que debía rondar los cincuenta años) que vivía con su hija Marichu, de la edad de mi madre, sabiendo esto de que yo no comía nada propuso que me pasaran a comer a su casa, por probar. Y cuando volví, ante la sorpresa de Basí y de mi madre, dije que la comida de doña Regina estaba muy bien. Y así hicieron varias veces, hasta que un día se les ocurrió cocinar en casa y pasarlo a la de doña Regina. Y yo volví encantado de lo bueno que estaba todo lo que cocinaban doña Regina y su hija Marichu. Y supongo que tras alguna reunión muy seria con mi padre decidieron contármelo. Dicen que me enfadé mucho, pero que comencé a comer normalmente en la mesa de casa, a la hora de comer,

supongo que me rendí, ellos engañaban mejor que yo.

Ese espíritu de no obligar a hacer a los niños lo que no quieren hacer sin averiguar antes por qué se comportan de esa manera, lo viví primero y fundamentalmente de mi padre. Y también es cierto que esa actitud le trajo muchos problemas conmigo, y con el resto, hijas e hijos. Porque elegimos nuestros caminos saliéndonos los cinco del que se suponía nos aguardaba según la lógica del *establishment*. Lo que sí nos dejó claro el padre fue la importancia del cariño expresado con gestos, caricias, buenas palabras, consideración y atención a nuestras rebeldías.

Al poco de comenzar en el colegio, un día también me negué a beber agua. Sólo bebía zumos. Y tras algunos días observando esto, Basi, mi madre y mi padre me preguntaron por qué me negaba a beber agua y por qué le decía también a Isabel que no la bebiera. Claro que tampoco esto lo recuerdo por mí mismo, sino porque me lo contaron luego. Resulta que un día nos llevaron a la clase de los más pequeños al laboratorio de los mayores para que viéramos cómo funcionaban los microscopios, y así comenzáramos a entender cómo funcionaba la ciencia y sus aparatos. Y a mí me pusieron a observar una gota de agua bajo el microscopio y vi a los diminutos seres vivos que la poblaban. “Y si hubierais visto lo que yo he visto”, dije en casa, “tampoco beberíais agua”. Y era en esos casos en los que mi padre, con mucha paciencia, me explicaba que ellos ya sabían eso, pero que aquellos seres vivos no eran perjudiciales para la salud humana, sino al contrario, “así y de otras maneras, con el contacto con todo lo que existe nos vamos inmunizando”. Y entonces venían las preguntas todas seguidas, y los porqués encadenados: “¿Qué es inmunizando?”, “¿qué es contacto?”, ¿seres vivos microscópicos...? ¿qué...? ¿por qué...? Y nos explicaba cómo era el cuerpo humano, y cómo estaba también repleto de esos seres microscópicos que nos ayudaban a hacer la digestión, por ejemplo. También dibujaba ejércitos de microorganismos en

una pizarra con tizas de colores y nos explicaba la función de todo. Era un hombre encantador, y muy didáctico.

También recuerdo a Isabel aprendiendo a caminar, yendo con pasitos cortos pero muy rápidos de una silla a otra, sujetándose y riendo a carcajadas. Era preciosa y yo la llamaba Ble. Y cuando le creció el pelo, Basi le hacía unas trencitas muy prietas. Siempre llevaba trenzas y lazos. En verano íbamos a San Millán de la Cogolla, a una especie de hospedería, lo que hoy llamarían casa rural, y Basi le ponía un pañuelo de colores en triángulo y se lo ataba en la nuca.

Enseguida aprendí a leer, me decían que yo era muy listo. ¡Hay que ver lo listo que es este niño!, oía que decían, y acabó por parecerme normal ser listo. Para mí era muy normal ser tan listo y valiente, y además era un niño muy guapo. Guapo o feo, valiente o cobarde, listo o tonto. Pronto aprendí también el valor que los mayores daban a quienes decían la verdad, si no decías la verdad eras mentiroso. Pero, así como ser guapo o feo, listo o tonto, no dependía de ti, sí dependía de ti ser cobarde o valiente, mentiroso o... ¿verdadero?, no, no existía el adjetivo que designara a quien siempre decía la verdad, porque honesto o sincero no eran lo mismo. Ahí es en donde empezaban a diversificarse los conceptos, honestidad, honradez, sinceridad... y lo que era engañoso sin ser mentiroso, ilusorio sin ser incierto... Me contaron que fui muy inquisitivo con el significado de los adjetivos. Y sí recuerdo la imagen de mi padre con el grueso volumen de sinónimos y antónimos explicando que mentiroso era como embustero, engañoso, falaz, farsante, mendaz, trolero, bolero, calumniador, cuentista, fulero, tramposo, pero cada uno de esos adjetivos tenía a su vez otras acepciones. En el colegio, a los mentirosillos les llamaban troleros, y la mentira aceptable era una bola. Ser mentiroso era más radical, y era pecado. El antónimo de mentiroso es: veraz, o sincero, pero son antónimos muy cogidos por los pelos.

La sinceridad era muy valorada. Creo que volvía loca a Basi con preguntas sobre los conceptos que encerraban las palabras, sobre todo los adjetivos. *Pregúntaselo a tu profesor*, me decía, *para eso se va al colegio, para aprender*. Pero en el colegio te enseñaban lo que querían enseñarte, no lo que querías saber.

*En el futuro*, decía mi abuelo paterno, *los puestos de mayor responsabilidad social los ocuparán los maestros, los diagnosticadores y los alimentadores, y tendrán que ser las personas más inteligentes y mejor preparadas*. No conocí ni a mi abuela materna, Pilar Ortiz Pascual, ni a mi abuelo materno, Domingo Aguirre Artola, murieron antes de que yo naciera. El abuelo Augusto Colis Castañeda era un liberal krausista, entonces los krausistas españoles representaban al liberalismo idealista y habían tenido voluntad y proyectos regeneracionistas, pero tras la guerra civil quedaron arrinconados. Cuando yo decía en clase: *pues mi abuelo me ha dicho...* el cura siempre me respondía con lo que a mí me parecía un desprecio intolerable: *es que tu abuelo es un liberalote*.

Mi padre y mi abuelo hablaban muy poco de la guerra, se percibía que la guerra había estado ahí, apenas unos años antes. Pero los años eran muy largos entonces, eternos. Y a mí me parecía que la guerra civil era muy antigua.

**Aquel febrero de 1956 nevó mucho**, y ese día lo había estado haciendo desde el amanecer. Subidos al respaldo de un sillón y pegados a los cristales de la galería, Ble y yo veíamos caer la nieve sobre los tejadillos del patio y sobre las ramas de la higuera del patio de doña Paula, que estaba todo blanco. En la casa había un gran ajeteo, en la habitación de al lado estaba naciendo un hermanito, o una hermanita; todavía no se sabía. Yo había pedido no ir al colegio ese día, quería estar allí cuando naciera el niño o la niña, y mi padre había accedido.

–Cuida de tu hermana, y no arméis mucho jaleo –me había dicho mi padre mientras ponía la radio muy alta, y sonaba en estéreo por toda la galería.

–Tavito, ¿de dónde viene la nieve? –me preguntó Ble.

–Del cielo. Todos esos copos nacen en las nubes y caen a la tierra y luego se hacen agua, para que nos lavemos, para que bebamos, y también caen a los ríos y al mar, para que beban los peces. Cuando hace mucho calor en las nubes, los copos de nieve se hacen gotas de lluvia, y caen igual, pero más deprisa.

–Son todos diferentes ¿verdad?, los hay gordos, pequeños, planitos... –algunos se remostan contra los cristales, al otro lado de nuestras narices, y resbalaban hasta el cerco y se juntaban haciendo montoncitos en las esquinas.

–Sí, y todos tienen nombre.

–¿Sí?

–Sí, mira, ese se llama Jacinto...

–¿Cuál?

–Ese, ese...

–Está muy gordo... ¿Y ese que va detrás, ese, ese planito?

–Se llama Dolores, y esa otra, la que viene hacia aquí, ¿ves?, esa... se llama María Eugenia. Y, mira, mira, esa otra se llama como tú, Isabel. Pero en Francia no se llaman con nombres españoles, se llaman con nombres franceses.

–¿Cómo lo sabes?

–Son cosas que se aprenden en el colegio, ya te enseñarán eso en el tuyo y muchas otras cosas.

–¿Y qué nombres se llaman en Francia?

–No lo sé, todavía no nos enseñan francés, se empieza a estudiar francés en el bachiller de los mayores, en segundo, creo.

–¡Ah!, ¿te falta mucho?

–En segundo... doce... mucho tiempo, cuatro años.

–¿Dónde está Francia?

–Por allí. Vas hacia el río, lo cruzas y luego caminas hasta